



LA HISTORIA DEL PERRO POBRE Y EL PERRO RICO

João José da Costa

LA HISTORIA DEL PERRO POBRE Y EL PERRO RICO, por João José da Costa

LA HISTORIA DEL PERRO POBRE Y EL PERRO RICO

LA HISTORIA DE UN NIÑO POBRE Y SU PERRO
CALLEJERO Y UN NIÑO RICO Y SU PERRO DE
RAZA.

João José da Costa

Copyright reservado: FBN (Fundación de la Biblioteca Nacional de Brasil) - MEC - Registro 454.385 - Libro 854 - Página 45.

Cuento infantil y juvenil que se integra con la fantasía natural y la creatividad de niños y jóvenes, entreteniéndolos, educando y agregando al desarrollo del carácter, valores morales, ciudadanía, conciencia ecológica, valores familiares, cultura, conocimiento, espiritualidad, respeto por los educadores. , incentivo para estudiar, ordenar y disciplinar. Libro dirigido a niños y jóvenes que aprecian lecturas inteligentes, sensibles, culturales, educativas y temas de la realidad social brasileña. **CUENTA CON MAYOR CONTENIDO LITERARIO, UN MEJOR EJERCICIO DE LECTURA.**

Sinopsis:

El libro cuenta la historia de un niño pobre y su cachorro callejero y un niño rico y su perro de pedigrí. Narra la forma de vida de estos cuatro personajes y cómo son felices en el mundo en el que nacieron y se conocieron. El destino los hizo encontrarse un día en una plaza y una gran amistad nació entre ellos. Comenzaron a jugar juntos, fortaleciendo su amistad aún más. El libro traza un paralelo de valores entre pobreza y riqueza. Sin embargo, cuando las familias descubren el estado social de los niños, les ordenan que se separen. Sin entender las razones, los niños aprenden la humillación y la discriminación, por un lado. Sin embargo, el libro reserva una agradable sorpresa al final, cuando, muchos años después, los dos jóvenes se encuentran nuevamente.

Dedicación

Dedico este trabajo a todos aquellos que reservan parte de sus vidas para educar a los niños de alguna manera, como una misión y la creencia de que en ellos está la esperanza de un mundo mejor.

En especial para padres, maestros y abuelos, el triángulo básico de la educación infantil.

Doy gracias a Dios por el niño que todavía permite que exista en mí.

João José da Costa

Era un amanecer frío en el barrio pobre.

A lo lejos, se escucharon los primeros cantos de los gallos:

“Cocorocóóóóó! Cocorocóóóóó!”.

“Cucurucuuuuuu! Cucurucuuuuuu!”.

Los gallos siempre cantaban alrededor de las tres de la mañana. Y un gallo cantaba tras otro en una sinfonía que duró varios minutos.

En la favela, las estrechas calles de tierra estaban vacías. Y pocas cabañas tenían sus luces encendidas. Entre ellos, la choza de señora María.

Afuera, Flacucha caminaba de esquina a esquina, gimiendo y angustiada. Estaba buscando un lugar tranquilo y cálido para establecerse. Pronto encontró refugio en un grupo de plátanos, en la parte trasera de la casa de señora María.

Flacucha sabía que era hora de que nacieran sus cachorros.

Señora María solía levantarse temprano para preparar café para Dictino, su único hijo. Se levantó muy

temprano porque tuvo que tomar tres autobuses al lugar donde trabajaba.

Señora María escuchó los gemidos de Flacucha y fue a ver qué pasaba. Y pronto se dio cuenta de que Flacucha daría a luz a los cachorros que llevaba. Tomó una bolsa de arpillera y se la dio a Flacucha para que se acostara.

Dictino durmió profundamente. Pero señora María tuvo que despertarlo:

“Dictino, Flacucha está dando a luz. Vigílala para que no pise ni se quede encima de ningún cachorro. ¡Despierta chico!”.

Señora María se fue a trabajar y Dictino abrió los ojos y dijo:

“Ve, madre! ¡Me estoy levantando!”.

Pero, se cubrió nuevamente, se volvió hacia un lado y continuó durmiendo profundamente.

En su sueño, vio a Flacucha dar a luz a muchos cachorros, felices y contentos.

A Dictino le encantaba vivir en la favela y estaba feliz con su madre.

Había muchas otras chozas en la favela, pero ninguna estaba tan bien mantenida y limpia como la de Dictino. Esto, gracias al cuidado extremo de su madre María.

La cabaña tenía solo una habitación, donde señora María tenía una cama, una mesa pequeña con un pie roto y dos cajas que servían como sillas. En el piso de tierra, improvisó una estufa de leña con ladrillos donde sostenía las latas que solía cocinar.

Afuera, María construyó un pequeño baño rodeado de tablones. Dentro había un agujero en el piso que servía como baño. No había agua corriente, alcantarillado o luz en la casa de Dictino.

Señora María lavaba sus latas, platos y ropa en una tabla instalada afuera. Tomó agua de un grifo de la escuela cerca de su choza, que llevaba en una lata en la cabeza.

La madre de Dictino trabajaba en la limpieza de otras casas. Y estaba feliz porque recibía servicios para todos los días, incluidos los sábados. De esa manera, ella podría ganar dinero extra.

Esto se podía sentir en las mejoras que señora María hizo en la cabaña. Se las arregló para comprar una pequeña estufa de gas de dos quemadores. Incluso compró un inodoro para reemplazar el agujero hecho

en el piso del baño. Luego compró una pequeña radio celular que fue una alegría para ella y Dictino todas las noches. Les encantaba escuchar música country antes de irse a dormir.

Señora María ahora soñaba con tener un tanque para lavar ropa y agua en el baño y en la cocina. Y tal vez incluso, en el futuro, encienda la luz, tenga un televisor usado. Si dependiera de su esfuerzo diario, este sería un día posible.

Dictino se quedó en la choza y trató de compensar la ausencia de su madre ordenando la casa, barriendo el piso y lavando su ropa, todo a su manera. E hizo lo que más le gustó: jugar al fútbol con sus amigos.

La señora Seferina, una vecina, miraba de vez en cuando a Dictino, a pedido de su madre.

Una cosa que señora María hizo bien fue cocinar y siempre tenía un plato de arroz, frijoles y harina esperando a Dictino. A veces, dependiendo del dinero que obtuvo, incluso un huevo frito o un trozo de pollo o carne.

Cuando esto sucedió, fue la mayor felicidad de Dictino lo que abrió mucho los ojos y comió hasta que estuvo panzudo.

Dictino amaba su hogar. Por la noche, podía ver las estrellas y la luna a través de los agujeros en el techo de hojalata.

Su madre dijo que tenía que arreglar el techo y que lo haría cuando encontrara nuevas láminas de zinc entre los materiales de construcción abandonados.

Pero Dictino esperaba no encontrar las láminas de zinc. Prefería dormir contando las estrellas y admirando el brillo de la luna.

El único problema fue cuando llovió. La lluvia estaba húmeda dentro de la casa. La lluvia hizo barro en el suelo de la habitación y mojó el colchón donde Dictino dormía.

Cuando esto sucediera, buscaría el rincón más seco del colchón y se quedaría dormido. Al día siguiente, el sol secó la paja de maíz en el colchón de Dictino y todo volvió a la normalidad.

Después de todo, esto no sucedió todos los días. Dictino encontró divertida la arcilla seca que quedó atrapada entre sus dedos desnudos.

Dictino era un niño feliz y alegre. Él adoraba a su madre y uno era compañero del otro.

A Dictino le gustaba sentarse en un taburete hecho de ladrillos sueltos cerca de la pequeña estufa, mientras su madre preparaba la cena. Hablaron, hicieron planes, él contaba que había hecho durante el día.

Y en las calles de la favela, Flacucha y Moteado también vivían, dos perros callejeros. Eran grandes amigos y nunca se separaron el uno del otro.

Flacucha y Moteado eran muy aficionados a vivir en la favela y estaban felices. Allí encontraron a muchos niños con quienes jugar, podían rodar por el suelo y vivir en libertad. Encontraron lo que necesitaban para comer en la basura esparcida por todas partes.

La amistad de Flacucha y Moteado se convirtió en una relación y se casaron, o más bien se aparearon.

Flacucha ahora estaba dando a luz a cinco cachorros. Todos eran perros callejeros. Eran muy pequeños y flacos. Flacucha no tenía suficiente leche en sus tetas para todas ellas. Ella comió muy poco durante el embarazo porque la basura en la calle era pobre en comida sobrante. No tenía a nadie que la cuidara.

Flacucha se encargó de los pequeños perros callejeros en los bananos en el fondo de la cabaña de Dictino. Cuando llovía, los perros se mojaban.

Ella los lamió para que se secaran y estaba muy feliz con sus crías.

Los pequeños perros callejeros comenzaron a caminar, extendiéndose sobre el patio de tierra de la cabaña de Dictino. Y les gustaba tirarse al barro cuando llovía. Siempre estaban sucios de tierra.

Flacucha tuvo que abandonar a sus crías en el grupo de plátanos para buscar restos de comida en los barrios bajos de la favela. Algunos días, ella encontró comida, otros no.

Los cachorros crecieron y comenzaron a caminar y hurgar en todo lo que encontraron. Señora María se molestó en ver a Flacucha con sus cachorros caminando de un lado a otro en la cabaña. Era un lugar muy pequeño. Dictino y señora María ya estaban apretadas allí.

Y un día ordenó a Dictino:

“Dictino, ya no podemos estar con esta perra y sus perritos aquí en nuestra cabaña. ¡Intenta encontrar a alguien que quiera estar con ellos! ¡Será bueno para todos!”.

Dictino estaba triste, pero le preguntó a su madre:

“Mamá, pero quiero estar con uno de los perritos, este. Mira qué lindo!”.

Y señora María respondió:

“Ah! Dictino. Realmente no te rindes, ¿verdad? Bueno, puedes tener uno. Pero, no quiero a esta perra por aquí. ¡Están mordiendo todo y el espacio en la casa ya es muy pequeño! ¡Yo ya dije! Encuentra a alguien que quiera los otros cachorros”.

Poco, resignado, tranquilizó a su madre:

“De acuerdo mamá. Tengo amigos que quieren los otros perritos”.

Flacucha perdió a todos sus cachorros y desapareció de la favela. Algunos residentes dijeron que ella siguió a un recolector de basura reciclable junto con su carrito y salió al mundo.

Dictino le dio el nombre de Negrito a su perrito callejero. Negrito simplemente nació sin pedigrí.

(Pedigrí? ¡Guau! ¿Qué significa esto? Pedigrí es un registro que prueba el linaje de un perro. En otras palabras, es un documento que prueba que es de raza pura, tiene un origen confiable. De todos modos, es una

prueba para el comprador de perros asegurarse de que compró un perro de raza pura).

Negrito creció en el patio trasero de la cabaña, bañado en la corriente que cortaba la favela. Cuando era mayor, se atrevió a caminar por las calles cercanas a la cabaña de Dictino. Siempre caminaba con la lengua fuera y parecía alegre como si estuviera sonriendo.

Negrito entraba y salía de la cabaña cuando le dio la gana, se comió los restos de la comida de Dictino en su propio plato. Lamió todo lo que parecía que el plato estaba limpio. Tomó el sol, jugó bajo la lluvia y, a pesar de ser delgado, era un perro muy feliz. Negrito, a veces, apareció con un hueso encontrado en la basura y abría agujeros en la tierra por diversión.

Dictino se divirtió con los juegos de Negrito. Pero su madre estaba desesperada cuando él hizo agujeros en el piso de tierra de la cabaña. Otras veces, hacía estallar la bolsa de arroz o frijoles en un estante cerca del piso.

Negrito dormía en la cama protegida por el abrazo de Dictino. Mientras tanto, Dictino trató de contar todas las estrellas que vio en el cielo a través de los agujeros en el techo de chapa de la cabaña, mientras el sueño no llegaba. ¡Incluso contó más de 100 estrellas en una noche!

Negrito miraba esas luces brillantes sin entender nada. Él solo levantaba las orejas y prestaba atención cuando vía una estrella fugaz en el cielo como una tiza de luz. Y entonces ambos dormían profundamente.

Dictino estaba muy feliz y contento con su amigo Negrito.

Al otro lado de la ciudad, lejos de la favela, el doctor Marcelo se hizo cargo de Lana. Ella era una perra dalmata. Ella también gimió y se agitaba en la perrera.

Lana vivía en la perrera con Chunk, un perro de la misma raza dalmata. En esta perrera se produjeron perritos de varias razas de perros. Pero los cachorros de dálmatas fueron los que más llamaban la atención.

A Lana y Chunk les gustaba mucho vivir en la perrera y estaban felices. Allí encontraban mucha comodidad, comida a voluntad y descansaban todo el tiempo. Estaban felices cuando vieron a los visitantes a través de las rejas de la perrera.

Lana se apareó con Chunk y ahora estaba a punto de dar a luz a sus perritos.

.

El doctor Marcelo, veterinario, había estado cuidando a Lana durante horas. Fue contratado por el dueño de la perrera que quería que todo saliera bien con Lana.

Así, Lana dio a luz a ocho cachorros dálmatas, todos hermosos y saludables. La leche de sus tetas era tanta que estornudaba. Lana comió la mejor comida para perros y tomó vitaminas durante el embarazo. Tenía una persona en la perrera para cuidarla.

Lana tenía a los pequeños dálmatas en una pequeña casa forrada y protegida. No llovió sobre los cachorros y había una persona que los limpiaba todo el tiempo. Ella estaba muy feliz con sus cachorros.

Los pequeños dálmatas vivían en una perrera cercada y vieron caer la lluvia a través de la cerca. Querían tirarse al barro, pero no pudieron. Siempre necesitaban ser blancos y limpios.

Los ocho pequeños dálmatas crecieron fuertes y saludables. Después de algunas semanas, salieron a la venta. Lana perdió a todos sus cachorros, vendidos en la tienda de mascotas de un elegante centro comercial.

Pero, ella ya estaba acostumbrada. Después de todo, esta era la cuarta vez que Lana daba a luz en su vida como creadora.

En otro barrio de la ciudad, no lejos de la favela, vivía Lucas. Lucas era un niño rico que vivía en un departamento de piso completo conocido como una mansión flotante. Señora Isabel era la madre de Lucas.

En el vecindario donde vivía Lucas, había muchos otros edificios de departamentos y condominios con casas grandes y hermosas.

Las calles estaban pavimentadas, tenían plazas y jardines y todo estaba iluminado por la noche. A los residentes les gustaba caminar y correr en los grandes parques, con muchos árboles y lagos de agua limpia.

El edificio donde vivía Lucas tenía dos grandes piscinas y canchas deportivas. El apartamento tenía cuatro habitaciones, varios baños, una piscina exclusiva y varias habitaciones. Y todo esto con muebles muy bonitos y modernos.

A Lucas le encantaba vivir en todo su departamento y estaba feliz con su madre y su padre.

Y así fue como Lucas, caminando por el centro comercial, vio a los pequeños dálmatas y le preguntó a su madre:

.

“Mamá, quiero este perrito que está en la ventana. ¡Cómpramelo! ¡Vea! Él es todo blanco con manchas negras. Parece el perro de la película La guerra de los dálmatas”.

A señora Isabel le gustaba satisfacer los deseos de Lucas, pero advirtió:

“Lucas, pero tendrás que cuidarlo. Mamá no tiene tiempo para esto. Además, tendrá que quedarse dentro del apartamento”.

Y Lucas estuvo de acuerdo:

“¡De acuerdo mamá! ¡Qué bien! Tendré un nuevo amigo”.

Y su madre trató de valorar el regalo:

“Mira, este es un regalo costoso. Pagué mil euros por este perrito!”.

Y Lucas prometió:

“Lo cuidaré con cariño, madre!”.

.

Lucas llamó a su perrita dálmata el nombre de Lola. Lola se registró oficialmente en la asociación de criadores dálmatas y obtuvo su pedigrí.

Lola vivía en el departamento donde vivía en una hermosa casita, toda forrada, comprada en la tienda de mascotas.

Desde el balcón del departamento en el cuarto piso, podía ver la calle y observar el sol, la lluvia y algunos perros callejeros que circulaban por el lugar. A pesar de ser gordita, era una perra muy feliz.

Lola a veces muerde pedazos de zapatos o pies de sillas para divertirse. Siempre caminaba lentamente por el departamento y estaba feliz.

Lola dormía sola en su hermosa y lujosa casita. La noche era oscuridad total en el departamento. No podía hacer ruido para no molestar a los vecinos.

Lucas se divirtió con Lola y sus bromas. Pero señora Isabel se molestó cuando hizo agujeros en la tapicería de las sillas o en los sofás del apartamento.

Lucas estaba muy contento con su amiga Lola.

.

Y es en este escenario que sucede la historia de los dos perros y dos niños que se conocieron por casualidad y desarrollaron una gran amistad.

Dictino y Lucas crecieron, cada uno en su propio mundo, viendo el crecimiento de Negrito y Lola.

Dictino tenía siete años. El día de Dictino ha llegado a la escuela. Tomó una libreta, un bolígrafo y un lápiz nuevos que señora María logró comprar y estaba feliz por su primer día de escuela en una escuela de la favela.

Dictino no tuvo dificultades para encontrar su salón de clases y su maestro. La escuela de hojalata tenía solo un salón de clases y una sola profesora.

Dictino no podía esperar para tomar un refrigerio y comer las dos galletas de chocolate como refrigerio. Señora María compró un paquete de galletas que se suponía que duraría toda la semana.

Dictino estaba muy feliz. Le gustaban su profesora y su escuela. Cuando llovió, el ruido de la lluvia en las baldosas de zinc no permitió que los estudiantes escucharan lo que dijo la profesora. Pero, la lluvia pronto pasaba y la clase volvía a su normalidad.

.

Dictino se volvió inteligente. Podría aprender a leer y a hacer matemáticas.

Dictino, después de la tarea, no tenía nada que hacer y podía jugar con sus amigos en la favela. Le gustaba jugar al fútbol y jugaba muy bien.

Lucas cumplió seis años. Llegó el día de que Lucas fuera a la escuela. Se puso una mochila en la espalda con varios cuadernos, juegos de bolígrafos, lápices y libros que señora Isabel ordenó en la papelería.

Y allí se fue feliz por su primer día de escuela en una escuela tradicional del vecindario.

La escuela era grande y hermosa, con varios salones de clases y jardines con muchos árboles, flores y césped.

Lucas tuvo dificultades para encontrar su salón de clases y su profesora. Pero pronto fue guiado por monitores que lo acompañaron a su clase y lo entregaron a la profesora. Había muchas aulas y muchas maestras.

Lucas ni siquiera recordaba la hora del almuerzo. Había tenido un buen desayuno. Pero señora Isabel, siempre celosa, también preparó una merienda y su lonchera estaba llena de cosas deliciosas. Tenía pastel, yogurt,

chocolate, barra de cereal y pan con salami y jugo de naranja.

Lucas estaba muy feliz. Le gustaban su maestra y su escuela. Lucas no podía ver si estaba soleado o lloviendo. Las ventanas eran altas y todas las aulas tenían aire acondicionado.

Lucas también estaba creciendo inteligente. Aprendió a leer y hacer matemáticas, además de aprender el idioma inglés.

Lucas tenía mucha tarea que hacer y no tenía mucho tiempo para jugar con sus amigos. Pero se divirtió cuando fue a clases de inglés, tenis, judo, natación y piano.

Un día, Dictino advirtió a señora María:

“Mamá, voy a llevar a Negrito a dar un paseo por la plaza. Até esta cuerda alrededor de su cuello y él está aprendiendo a obedecerme. Ya vuelvo”.

Y el mismo día, Lucas advirtió a señora Isabel:

“Mamá, voy a llevar a Lola a pasear por la plaza. ¡El entrenador le enseñó muy bien a obedecer mi orden!

Una señal que hago en la guía y ella pronto comprende. ¡Ya vuelvo!”.

Y así fue como Lucas conoció a Dictino y Lola conoció a Negrito en la plaza que estaba entre el rico vecindario y la favela.

Cuando se conocieron, Lucas preguntó:

“¿Hola, cómo te llamas?”.

Dictino, un poco avergonzado, respondió:

“ Dictino”.

Lucas continuó preguntando:

“¿Y el nombre de tu perro?”.

Dictino todo emocionado respondió:

“Negrito. ¿Y el suyo?”.

Lucas respondió:

“Lucas! Y esta es mi perra Lola”

Dictino estaba encantado con la pequeña dálmata:

“!Guau, qué hermosa es Lola. Toda blanca con manchas negras. Incluso parece un perro de película!”.

Y Lucas fue amable con él:

“Tu perro también es muy lindo. Me gustan los perros todos negros”.

Entonces Lucas observó:

“¡Vea! Los dos se huelen el uno al otro”.

Y Dictino tenía curiosidad:

- ¿Por qué los perros huelen el trasero del otro?

Y Lucas sugirió:

“No lo sé, pero ¿deberíamos preguntar a nuestras profesoras?”.

Con el acuerdo inmediato de Dictino:

“¡Vámonos!”.

La reunión de los cuatro en la plaza se repitió varias veces.

.

En casa, Lucas habló con su madre, todo entusiasmado con su reunión con Dictino:

“Mamá, conocí a un buen amigo en la plaza. Tiene un perro completamente negro y él se llama Dictino. Jugamos, uno corre detrás del otro. Me enseñó a hacer una pelota de papel y cuerda y jugamos al fútbol. Lola está jugando con Negrito. Pretenden estar peleándose, mordiéndose unos a otros, tirarse sobre la hierba. Lola está muy feliz con su amigo Negrito y yo estoy muy feliz con mi amiga Dictino”.

Y Lucas escuchó de su madre:

“Lucas, estos juegos son buenos, pero no olvides que tienes mucha tarea. Además, tienes clases de inglés, tenis, judo, natación y piano”.

Respetando a su madre, Lucas respondió:

“Lo se mamá. Pero, voy a hacer todo esto y llevar a Lola a pasear por la plaza de vez en cuando”.

Y Dictino habló con el mismo entusiasmo a señora María sobre su nuevo amigo:

“Mamá, conocí a un buen amigo en la plaza. Tiene un perro blanco con manchas negras. Se parece a ese perro

de la película de televisión, ¿recuerdas? Jugamos, uno corre detrás del otro. Pensó que la bola de papel era genial. Pero no sabe jugar al fútbol. Nunca jugó al fútbol antes. Pero, dice que juega muy bien al tenis y sabe nadar en la piscina. Incluso me dio un golpe de judo y me tiró al suelo. Pero, todo por diversión. Negrito está muy feliz con su amiga Lola y yo estoy muy feliz con mi amigo Lucas”.

Y Dictino escuchó de su madre:

“Dictino, estos juegos son buenos, pero no olvides que tienes que hacer tu tarea y ayudarme aquí en casa”.

Respetando a su madre, Dictino respondió:

“Lo se mamá. Pero voy a hacer esto y llevar a Negrito a caminar por la plaza de vez en cuando”.

En clase, Dictino y Lucas buscaron saber de sus profesoras por qué los perros huelen el trasero del otro.

Cuando se encontraron de nuevo, Lucas preguntó:

“Dictino, ¿le preguntaste a tu profesora sobre los perros?

.

“Sí. Ella me lo explicó correctamente. Los perros se huelen las nalgas y también la orina y las heces, como una forma de registrar el olor de cada uno en sus recuerdos. Es la forma en que llegan a conocer a sus amigos. Entonces, cuando se encuentran, uno ya sabe quién es el otro. Por lo tanto, se hacen amigos para siempre”.

A Lucas le gustó la respuesta y agregó:

“El mío dijo lo mismo. También dijo que los perros hacen esto para aprender sobre otros perros. Utilizan este conocimiento para varias cosas, como: marcar su territorio, saber qué perro caminó en el área, seguir el rastro para encontrar otros perros, dejar mensajes para otros perros. Por ejemplo, cuando un perro levanta las patas y hace pipí en el poste o en un árbol, significa que este territorio es mío o que pasé por aquí. Por lo tanto, los otros perros, que ya conocen tu olor, pronto entienden el mensaje”.

Dictino respondió, riendo:

“¡Ah, ah, ah! ¡Que gracioso! ¡Qué bueno que no tenemos que hacer esto!”.

“¡Es verdad!”. Lucas respondió.

.

Y Lucas miró cariñosamente a Dictino y dijo:

“Dictino, eres mi mejor amigo. ¡Me gustas mucho!”;

“Lucas, tú también eres mi mejor amigo. ¡Me gustas mucho también!”.

Y Lucas quería fortalecer su amistad con Dictino y dijo:

“¿Por qué no vienes a visitarme a mi departamento algún día?”.

“Si voy. Y tú, ¿por qué no vienes a visitarme un día a mi choza en la favela?”.

Negrito y Lola se miraron como para decir lo mismo.

Para mostrar su amistad con Dictino, Lucas le dio juguetes que ya no usaba. Dictino amaba sus regalos, un pequeño tren, un carrito de control remoto y un rompecabezas.

Para demostrar su amistad con Lucas, Dictino le dio dos juguetes que tenía como regalo: un carrito de madera, que él mismo había hecho con cajas sobrantes, con ruedas hechas de tapas de botellas y su mejor pelota de calcetines.

.

Unos días más tarde, Lucas aprovechó la caminata en la plaza con Lola para ver dónde vivían Dictino y Negrito. Dictino y Negrito también fueron a ver dónde vivían Lucas y Lola.

Lucas estaba encantado por el mundo de la favela. Pensó que era diferente del elegante barrio donde vivía. Encontró todo muy alegre. Las casas estaban hechas de madera una contra la otra, las calles estaban hechas de tierra, los niños jugaban en todas partes, reían y gritaban. En las calles pude ver perros, gatos, gallinas e incluso patos. Una corriente atravesó toda la favela. Un carro tirado por caballos llamó su atención. Era la primera vez que veía el carro de un recolector de material reciclable.

Y Dictino le presentó a Lucas a su madre:

“Mamá, este es Lucas, mi mejor amigo. Y esta es Lola, su perrita. Esa perrita que dije que parecía un artista de cine”.

Señora María estaba sorprendida. No podía imaginar a un niño como Lucas y un perro como Lola visitando su choza,

Lucas se sentó en una caja de madera y bebió un jugo de grosella servido por señora María y le gustó mucho.

Incluso le ofreció una de las galletas con chispas de chocolate de Dictino, pero Lucas no tenía hambre.

Encontró divertido el barril de latón donde señora María puso agua para lavar los platos. Cuando vio el baño afuera, sintió curiosidad por saber cómo Dictino iba al baño cuando era de noche.

Lola aprovechó la oportunidad para dar un paseo por la cabaña e incluso se dio una ducha rápida en la corriente de agua sucia. Regresó con la boca abierta y la lengua saliendo alegremente.

“¡Qué linda tu casa, Dictino! Qué bueno es vivir en una casa y ver pasar a la gente, los perros caminan por las calles, los niños juegan todo el tiempo, el pequeño río pasa por la casa y todas estas mascotas en las calles”.

Después de que Lucas y Lola se fueron, señora María llamó la atención de Dictino:

“Dictino, creo que es mejor que no traigas a este amigo tuyo de nuevo a nuestra cabaña. Es un niño de una buena familia. A la madre de este amigo tuyo, Lucas, no le gustará nada, nada de esto. Ella puede sentirse mal por ti o incluso venir aquí para obtener satisfacción. No estamos a su nivel. Incluso su perro tiene un mejor nivel

social que nuestro Negrito. Tarde o temprano sufrirás de esta amistad. ¿Estas entendiendo?”.

Y Dictino, sorprendido y triste, respondió:

“No madre. No puedo entender. Pero haré lo que me dices”.

Doña María ordenó a Dictino que devolviera los juguetes a donde los había llevado. Tenía miedo de tener problemas con la madre de Lucas o con alguien que pensara que Dictino tomó estos juguetes sin orden.

Sin embargo, como se prometió, Dictino haría una visita al departamento de Lucas y Lola. Dictino quedó encantado con el elegante barrio. Pensó que era diferente de la favela donde vivía. Pensaba que era muy hermoso. Las casas y edificios eran enormes, con jardines y muchos árboles. Las calles estaban pavimentadas, las aceras cementadas y con espacios para flores.

Pero no había niños jugando en todas partes, riendo y gritando.

No vi perros, gatos, pollos o patos en las calles. Del mismo modo, no había un pequeño río de agua verde. Pero, puedes ver muchas piscinas con agua clara y

transparente. ¡Y cada auto grande pasó! Pero, Dictino no podía ver quién estaba dentro. Todo estaba oscuro dentro del auto.

Al llegar al edificio donde vivía Lucas, el portero respondió:

“¿Qué quieres aquí chico?”.

“Vine a visitar a Lucas y Lola. Él me invitó”.

“Pero ¡el niño de la calle y el perro callejero no pueden entrar aquí!”.

“Pero, muchacho, ¡Lucas me invitó!”.

Ante la insistencia de Dictino, el portero decidió llamar a la madre de Lucas:

“Señora Isabel, aquí en la Ordenanza un niño llamado Dictino con un perro callejero quiere visitar a Lucas. ¿Puedo enviarlo?”.

Señora Isabel llamó a Lucas:

“Lucas, tu amigo Dictino con un cachorro está en la Ordenanza. Ve y mira lo que quiere”.

.

Lucas estaba satisfecho con la visita de Dictino y Negrito:

“Hola Dictino, hola Negrito. Me alegro de que hayas venido. Vamos a entrar”.

Señora Isabel estaba sorprendida. No podía imaginar a un niño como Dictino y un perro como Negrito visitando todo su departamento.

Dictino se sentó en un lujoso sofá y bebió jugo de naranja, comió un trozo de tarta, servido por señora Isabel y le gustó mucho.

Encontró todo muy hermoso y moderno. Pensó que era divertido vivir en una casa que estaba encima de otras casas. Cuando vio el baño dentro, pensó en lo fácil que era para Lucas ir al baño por la noche.

Negrito aprovechó la oportunidad para pasear por el apartamento e incluso se dio una ducha rápida en la piscina de la terraza, mojando un poco el piso de la sala. Regresó con la boca abierta y la lengua saliendo alegremente.

Y le mostró todo su entusiasmo y alegría a su amigo Lucas:

.

“Mui lindo tu departamento, Lucas! Qué bueno es vivir en una casa en la parte superior y ver cómo los autos descenden allí, los perros caminan encadenados y los niños se suben a los autobuses escolares. ¡Y qué hermosa es tu piscina! Parece una laguna azul y el agua es tan limpia que incluso puedes beberla”.

Después de que Dictino y Negrito se fueron, señora Isabel llamó la atención de Lucas:

“Lucas, no quiero que juegues o traigas a este amigo tuyo a nuestro departamento. Parece un chico de la calle. Debe vivir en una favela y su madre pronto vendrá a pedirnos cosas. No son de nuestro nivel social. Incluso su perro es un callejero, vive en la calle. Tarde o temprano sufrirás de esta amistad. Voy a pedirle al portero que no vuelva a dejar entrar a este chico. ¿Estas entendiendo?”.

“No madre. No puedo entender. Pero haré lo que me dices”.

En cuanto a los juguetes que Lucas había ganado de Dictino, la reacción de señora Isabel no fue muy diferente. Ella le ordenó a Lucas que devolviera los juguetes recibidos. Ella no quería cosas viejas en casa. Ella pensó que los juguetes no coincidían con la decoración de la habitación de Lucas y la casa.

Dictino no entendi3 las razones de su madre, pero se enter3 de lo que era la humillaci3n.

Lucas no entendi3a las razones de su madre, pero aprendi3 qu3 era la discriminaci3n.

Y los cuatro amigos se reunieron en la plaza para lo que podr3a ser su 3ltima reuni3n.

Y Lucas comenz3 la conversaci3n, un poco avergonzado, tratando de dar una excusa:

“Dictino, aprecio tus regalos, pero mantenlos atr3s. Las ruedas del carro rascan el piso de madera de mi habitaci3n. Y en el edificio no est3 permitido jugar con media bola. Pero, estaba muy feliz de haber recibido estos regalos”.

Y Dictino respondi3, incapaz de ocultar su tristeza:

“Lucas, tambi3n aprecio tus regalos, pero me gustar3a que te quedes con ellos tambi3n. En casa, el piso es de tierra, a veces mojado. El peque3o tren, el carrito de control remoto y el rompecabezas terminar3n estrope3ndose. ¡Pero gracias! Ning3n ni3o en la favela hab3a visto juguetes tan hermosos”.

.

Lola y Negrito se olieron, se lamieron los hocicos, como si sintieran una separación.

“¿Y cuándo nos volvemos a ver?”. Lucas preguntó.

“No sé. Mi madre quiere que haga algo para ayudar con los gastos del hogar. Tal vez recogeré latas de aluminio para vender”. Dictino respondió.

“Yo también no lo sé. Mi mamá quiere que me quede más en casa para estudiar”. Hay completado Lucas.

Los dos pequeños amigos se separaron. Los dos perros ya no se veían.

Dictino y Lucas eran dos niños. No sabían qué nivel social, diferencias de clase, cómo es ser rico o pobre. Eran iguales en alma y corazón. Se identificaron por el deseo de jugar juntos, jugar en el piso, simular peleas, jugar a las escondidas, policías y criminales, jugar a la pelota, sacar a pasear a sus perros.

En las siguientes semanas, Dictino incluso buscó a Lucas en la plaza. Pero, desafortunadamente, el ya no lo veía. Negrito olió el suelo para encontrar un olor a Lola, pero fue en vano. Los dos regresaron con tristeza a la cabaña en la favela.

.

Lucas, desde lo alto de su porche, incluso buscó a Dictino, entre los niños que caminaban por la calle. Lola se levantaba del sofá de vez en cuando y salía al balcón a buscar a Negrito entre los perros que paseaban por las aceras, pero en vano. Los dos volvieron con tristeza al cómodo sofá de la sala de estar.

Señora Isabel comenzó a notar un cambio de comportamiento en Lucas. Vivió tristemente, cumplió sus compromisos escolares sin entusiasmo. Incluso Lola parecía acompañarlo en esta tristeza.

Y esta tristeza de Lucas se repitió todos los días.

Lucas siempre había sido un niño retraído y tenía pocos amigos y, tal vez, nunca tuvo un verdadero amigo. Con Dictino fue diferente. Sintió que a Dictino le gustaba por lo que realmente era, con sus cualidades y defectos. Fue una amistad sin intereses.

Y señora Isabel siempre lo había sabido y se había dado cuenta de que Lucas se había convertido en otro chico desde que conoció a Dictino. Y se transformó para mejor.

Señora Isabel era una mujer con una fuerte personalidad, pero estaba controlada. Sin embargo, si

era algo que señora Isabel no podía soportar, era ver a su amado y único hijo ponerse triste. Y ella concluyó:

“Ha estado así desde el día en que se separó de su amigo Dictino. ¡Necesito hacer algo!”.

En la favela, señora María también se sorprendió por la tristeza que golpeó a Dictino. Siempre fue un niño alegre y feliz. Ahora, estaba callado, prefería estar solo. Salga con su carretilla, pero regresó con algunas latas de aluminio. Dejó de jugar a la pelota con sus amigos. También sintió que este cambio de comportamiento tenía algo que ver con el final de su amistad con Lucas.

Increíblemente, incluso Lola y Negrito eran diferentes. Negrito yacía todo el tiempo en la puerta, sin molestarse siquiera cuando las palomas venían a beber del agua o comían el arroz y los frijoles que había en su tazón. Lola prefería quedarse en el balcón del apartamento todo el tiempo, con la vista perdida en la calle.

Un día, un automóvil de lujo se detuvo en la favela. Una mujer delgada y bien vestida bajó a buscar la casa de señora María y Dictino. Cuando la encontró, aplaudió y fue respondida por señora María, diciendo:

“¡Buen día! ¿Eres señora María?”.

.

“¡Si señora!”. Señora María respondió, muy sorprendida e incluso asustada.

“Soy Isabel, la madre de Lucas y vine a devolverle los regalos que le había dado a su hijo. Creo que hubo algunos malentendidos. Además, vine a invitar a Dictino a la fiesta de cumpleaños de Lucas. Por favor, me gustaría mucho que se fuera. Lucas estará muy feliz!”.

Señora María, con lágrimas en los ojos de la madre y comprendiendo el papel de la madre que también desempeñaba señora Isabel, respondió:

“Dictino lo hará seguro. ¡Estará muy feliz! Y la dama le devuelve a Lucas los regalos que Dictino le dio. ¡Es válido como regalo de cumpleaños!”.

“Muchas gracias. ¡Lucas estará muy feliz!”. Respondió señora Isabel.

Las dos madres se abrazaron y ni siquiera se molestaron en ocultar sus lágrimas de emoción.

Las reuniones en la plaza entre Lucas y Dictino, acompañadas por Lola y Negrito, se repitieron unos años más. Estas reuniones se interrumpieron cuando Lucas viajó de vacaciones con sus padres a la Disney y

otros puntos turísticos de los Estados Unidos. Estuvo ausente por 30 días.

Durante este período, Lola se alojó en un hotel de lujo para perros. Allí haría mucho ejercicio y una dieta. Lola estaba muy gorda, podía tener problemas de salud.

Si Negrito pudiera hablar, seguramente diría: “Estoy triste por Lola. Si ella caminara y corriera como yo y si no encontrara su cuenco siempre lleno de alimento y no comiera demasiado, sería más delgada y saludable”.

Sin embargo, al regresar de sus vacaciones, Lucas no encontró a Dictino o Negrito en la plaza. Los buscó en la favela y la cabaña había sido vendida a otros residentes.

Lucas aún regresó a la favela por unos días más, pero nadie le dio información confiable sobre Dictino y su madre. Uno de los residentes incluso dijo que solo había visto una camioneta detenerse en la puerta de la casa y llevar los pocos muebles de la choza.

Lucas incluso buscó a tía Seferina, pero ella había regresado al noreste para vivir con una de sus hijas.

.

Lucas estaba preocupado e intrigado por la repentina desaparición de Dictino. Incluso fue lastimado por Dictino por moverse sin decir nada y decir adiós.

Lo que Lucas no sabía es que Dictino le había escrito una nota y la había dejado en la Ordenanza del edificio donde vivía Lucas. Pero, este boleto nunca fue entregado a usted. El portero cometió un error deliberado...

En esta nota, Dictino dijo:

“Mi gran amigo Lucas. Recibí una propuesta para una gran oportunidad profesional fuera de São Paulo y me mudo con mi madre y Negrito. Te extrañaré mucho. Pero tan pronto como pueda, te daré más noticias. Lo siento, no dije adiós en persona. Pero, tuve que viajar apresuradamente debido al calendario deportivo. De tus amigos Dictino y Negrito”.

Han pasado muchos años. Lucas y Dictino ahora eran dos hombres jóvenes. Los dos amigos ya no se habían visto ni hablado.

Un día, Lucas fue al estadio de fútbol de su equipo de corazón. Era un clásico, pero habría un partido inaugural entre los equipos juveniles de ambos equipos.

.

En el equipo juvenil de su corazón, Lucas vio una cara que le era familiar. Cuando el jugador se acercó, no tuvo dudas y gritó:

“Dictino! Dictino! Soy yo, Lucas!”.

Dictino detuvo el movimiento, se congeló y miró la cerca. Con pasos lentos y automáticos, se dirigió hacia el muchacho gritaba su nombre. Ni siquiera escuchó al árbitro silbar, mostrando la tarjeta roja y echándolo del juego.

“Lucas, Lucas, ¡qué sorpresa amigo! ¿Usted aquí? ¡Qué grande y fuerte es!”. Dijo Dictino con gran alegría en los ojos.

“¡Gordo, quieres decir! Tú también amigo. Es grande y, por lo que veo, se convirtió en jugador de fútbol”. Lucas respondió.

“Es verdad. Estoy en el equipo juvenil, pero pronto estaré en el equipo profesional. ¿Y tú?”. Dictino preguntó.

“Estoy haciendo medicina. Me graduaré y seré médico el próximo año”. Lucas explicó.

.

“Guau, pero bien! Siempre has estudiado demasiado. ¿Cuánto tiempo ha pasado, no?”. Dictino dijo mirando a su viejo amigo con todo cariño.

“Sí, pero ¿sabes qué? Incluso hoy recuerdo nuestros paseos por la plaza, con Negrito y Lola”. Lucas respondió sin ocultar su emoción.

“Guau! Yo también!. A menudo pensaba en ti y me preguntaba qué estaba haciendo y cómo sería Lola”. Dijo Dictino.

“Pero ¿qué pasó que de repente desapareciste?”. Lucas preguntó.

“¿No recibiste mi boleto?”. Dictino respondió.

“¿Boleto? Que boleto? No recibí una nota o mensaje tuyo”. Lucas explicó.

“¡Dios mío! Estaba seguro de que te entregaron el boleto. Lo dejé en la Ordenanza. ¡Bueno, siempre supe que Porter no se fue demasiado con mi cara!”. Dijo Dictino se rebelando.

“¿Pero qué pasó?”. Lucas insistió.

.

“Recibí una propuesta de un equipo de fútbol del interior para componer el equipo juvenil. Les gustó mi fútbol. Dijeron que jugaba muy bien. ¡Y aquí estoy yo! Y hablando de Lola, ¿cómo está ella? ¡Debes ser muy vieja!”. Dictino preguntó.

“Es verdad. Lola es vieja y gorda. Ella tiene problemas cardíacos. El veterinario dijo que era una perra que vivía en lugares abiertos del campo y no en un departamento. ¿Y Negrito? ¿Aún vivo?”. Lucas quería saberlo.

“Sí, pero él también es muy viejo. Está lleno de canas, principalmente en el hocico. Pasa todo su tiempo tirado en mi puerta. Lo atropelló una vez cuando yo vivía en la favela y le rompí una pierna”. Dictino respondió.

“Los perros callejeros que deambulan por las calles son así. Todos terminan siendo atropellados en las grandes ciudades, tarde o temprano. ¿Y dónde vives ahora? ¿Y cómo está señora María?”. Lucas preguntó.

“Compré una casa para mi mamá. Ahora ya no necesita hacer servicios de limpieza en otras casas, se ha convertido en una "administradora del hogar". Mi madre está bien. Pero, de vez en cuando, extraña a sus amigos de la favela. Ella dice que la gente en la ciudad vive muy aislada y la gente apenas habla entre sí. Ella piensa que la vida en la favela era más animada y la gente más

amigable. Y el Negrito está lleno de ventajas. Ahora incluso tiene comida para perros y ya no necesita buscar comida en la calle”. Dijo Dictino sonriendo y consumado.

Dictino, como jugador de fútbol, comenzó a ganar un buen dinero. Con el tiempo, incluso podría comprar una casa más grande o un apartamento de lujo.

Pero, este no era su pensamiento. En la primera oportunidad, quería comprar un área forestal para la preservación de la fauna y la flora. Siempre echaba de menos los pájaros que veía en la favela y los animales que animaban a las yardas allí.

Esa tarde, los dos amigos se reunieron para celebrar la reunión. Se abrazaron, se rieron de todo.

De vez en cuando, fingían golpearse entre sí, como lo hicieron en la época de los niños. Aprovecharon la oportunidad para hablar sobre sus novias, sobre sus planes para el futuro, para recordar las travesuras de Lola y Negrito.

Los dos prometieron ser vistos de vez en cuando para matar su nostalgia y mantener su amistad.

.

También acordaron llevar a Negrito y Lola a la próxima reunión para ver si aún se recordaban.

Lucas y Dictino simplemente no recordaban por qué se habían dejado la vida el uno al otro cuando eran niños ...

Dictino había olvidado lo que era la humillación.

Lucas había olvidado lo que era la discriminación.

Y un día Lola y Negrito se conocieron. Los dos perros amigables eran muy viejos. Ya tenían dificultades para caminar, podían ver con discapacidades y su audición era débil.

Sin embargo, esto no impidió que los dos se sintieran muy felices cuando se vieron. Intentaron saltar el uno al otro, como en los viejos tiempos. Se lamieron, se olieron, meneaban la cola mostrando gran entusiasmo y alegría.

Negrito ni siquiera se dio cuenta de que Lola estaba ciega de un ojo...

A Lola ni siquiera le importó que Negrito fuera cojo en una pierna...

.

¡Después de todo, los dos perros siempre han sido verdaderos amigos!

Los verdaderos amigos son así. ¡No les importan estas cosas!

Lucas y Dictino, Lola y Negrito se hicieron amigos para siempre.

Y nada más los separó...

El fin